

T ↘

O'HIGGINS, BOLIVAR Y LA CAMPAÑA DE AYACUCHO

Por LUIS VALENCIA AVARÍA ← A
de la Academia Chilena de la Historia

La historiografía nacional no ha sido justa ni ecuánime con don Bernardo O'Higgins en algunos pasajes de su biografía, particularmente en lo relativo a su actuación en la campaña de Ayacucho. Acaso en parte la afectó un sentimiento de frustración, porque, pese a la masiva pero anónima presencia chilena en el Ejército Unido Libertador, no se vieron ahí los colores patrios como en otros episodios espléndidos de la gesta emancipadora. O'Higgins contribuyó a ello porque nada dijo del papel que cumplió en esa campaña o, al menos, nada ha llegado a nosotros de lo suyo o inspirado por él que nos descubra su verdad. Y así, deslumbrados por la gloria de los próceres que rubricaron allí la independencia del continente y faltos del gesto heroico a que los acostumbró el soldado de El Roble, de Rancagua y Chacabuco, los historiadores vaciaron sobre él su despecho nacionalista y le supusieron "inoportuno" en las filas colombo-peruanas o "menospreciado" por el Libertador Bolívar. El "héroe" quedó reservado sólo a las jornadas y empresas que cumplió en suelo patrio y los chilenos debimos conformarnos con su "decadencia".

Pero la verdad es que no se hurgó debidamente todo lo que había fuera de nuestras fronteras ni se interpretó correctamente lo que poseíamos.

Así, por ejemplo, el relato del viaje que desde Trujillo emprendiera el ex-Director Supremo para incorporarse al cuartel general de Bolívar, relato que debemos a un curioso personaje, amigo íntimo del prócer y su devoto admirador, llamado John Thomas. Porque este autor relegó a un plano más que secundario las actividades de O'Higgins en su relato, destacando en cambio los aspectos geográficos, panorámicos o costumbristas de la región que atravesaron, se pensó que aquellas no tuvieron más relevancia que la anotada. Incluso se entendió como un desaire el que el edecán del Libertador no despertara un día a hora oportuna al prócer chileno, pero no se advirtió que pudo ser la salud de éste la que le indujera a un gesto de especial consideración. Thomas fue un servidor incondicional de la gloria de O'Higgins —a su manera, muy propia, ciertamente—, y en modo alguno un admirador ferviente de Bolívar, por lo que no habría dudado un momento en registrar cualquiera actitud depresiva para la categoría y prerrogativas de aquél, como lo hizo en tantos otros escritos suyos. Este seudo médico irlandés, que mereció una caricatura del más famoso acuarelista de la época, no pretendió otra cosa, en el diario de este viaje, que parangonarse con los viajeros cronistas y dar a

sus contemporáneos una visión científica, según su entender, de la sierra peruana. Nunca imaginó que la posteridad analizaría su escrito sólo para buscar en él a O'Higgins.

También una carta del prócer a su madre, en la que afirma gozar de excelente salud, se la ha aceptado textualmente sin considerarla el recurso permitido al hijo amante que no quiere sumirla en aflicciones. Porque la verdad evidente es que O'Higgins la engaña: la campaña está muy lejos de haberse concluido, como le afirma, y ni su salud ni su fortaleza física se hallaban en tan óptimas condiciones como aparenta, a 2.500 metros de altitud en la sierra, agotado por los esfuerzos violentos del viaje y próximo a sufrir un ataque de tercianas.

Tampoco, como pretende Vicuña Mackenna, la presidencia de un tribunal militar que le confiara Bolívar para juzgar a un sargento "desertor" fue un acatamiento "humilde" del prócer. No atendió el historiador a que ese sargento fue ciertamente chileno, puesto que sus compañeros en el delito, que eran peruanos y colombianos, fueron juzgados por consejos militares de estas banderas, y que no habiendo tribunal chileno se creó éste "ex profeso", haciéndosele funcionar en el propio alojamiento de O'Higgins y distinguiéndosele con la presencia obligada de toda la oficialidad franca, lo que no ocurrió con los demás. No reparó en que el sargento acusado había sido artillero en el Callao, que al igual que sus otros compatriotas en ese episodio pudo servir forzado en las filas realistas y, como hizo con muchos, ascendido por Rodil al grado de capitán para tenerle grato, todo lo que justificó su "repasso", su vuelta a las filas libertadoras en la oportunidad que pudo hacerlo. Pocos meses antes O'Higgins había abogado por ellos ante Torre Tagle y el Libertador y no es aventurado suponer que haya sido él, precisamente, quien obtuviera de Bolívar el establecimiento de este tribunal especial y reclamado su presidencia.

Después de una travesía de "más de doscientas leguas" por desiertos inclementes y una serranía áspera, tras cuarenta días de cabalgatas agotadoras, O'Higgins alcanzó a Bolívar en su cuartel general de Huancayo el 18 de agosto de 1824. No pudo ir antes simplemente porque su salud no se lo permitió, pero tan pronto se sintió regularmente fuerte partió tras del ejército, no para reclamar preeminencias sino para servir como "un simple voluntario, único carácter que me atrevería a aceptar". Preciso es desconocer otros hechos de su vida para suponerle insinceridad en esta afirmación.

Cuando Bolívar llegó al Perú —cinco semanas después que O'Higgins—, no debió parecerle grata la presencia del proscrito en Lima ni el ascendiente manifiesto de que gozaba en el ambiente militar, político y social del país. La crisis de autoridad en que se debatían el Gobierno y el ejército y la fuerte oposición a la ingerencia colombiana, las visitas de altos jefes y de políticos y personajes connotados al militar chileno —que era también Capitán General del Perú y como tal el oficial de más alta graduación y de mayor antigüedad en su suelo—, la antigua amistad suya con el Presidente Torre Tagle desde los días escolares, las distinciones que pretendió otorgarle y el hecho reconocido de ser el promotor indiscutido de la independencia peruana por obra de la escuadra y ejército que enviara para lograrla, le habrían autorizado holgadamente para asumir el comando superior de las ope-

raciones, como hay constancia que se lo insinuó el Comandante en Jefe de la Escuadra, Vicealmirante Guise, y fue algo usual en esa época por parte de tantos que no repararon en su condición de no haber nacido en el territorio del país a que sirvieron.

Bolívar no ignoraba todo esto y, todavía más, la intriga también pretendió poner a ambos en conflicto. O'Higgins es quien la denuncia, como prohijada por Rivadavia, el mandatario argentino: "El promovió, por medio de uno de sus agentes cerca del General Bolívar, sembrar la desconfianza y el odio, demostrándole mi peligrosa existencia en el Perú". No pudo ser otro que el propio Libertador quien descubriera a O'Higgins esta maniobra y ello enseña con claridad la confianza que llegó a merecerle. Porque, como acordó el general José María de la Cruz a Diego Barros Arana, ni O'Higgins ni Bolívar, "al principio de sus relaciones, entraron en ellas favorables".

Conocemos sólo algunos incidentes de los que concluyeron estructurando una amistad que se hizo estrecha, cordialísima y, por parte de Bolívar, más que deferente y respetuosa para con el ex-Director Supremo de Chile. El brindis del Libertador en el banquete con que se le recibió en Lima, en que destacó primerísimamente a O'Higgins, y la sana y sincera respuesta de éste; la gestión del proscrito en favor de los artilleros chilenos del Callao que enseñó a Bolívar el grado de desquiciamiento en la disciplina de la guarnición; su intervención ante Guise para evitar la escisión en los cuadros libertadores: "Me impongo un deber —le escribió entonces Bolívar—, en manifestar a usted mi reconocimiento por el vivo interés que se ha tomado en dirigirse a Huanchaco como un amigable mediador de las diferencias que se suscitaron"; la difícil tarea que se impuso para salvar del patíbulo a Ramón Novoa, el compatriota que había apoyado a Riva Agüero contra el Libertador y que exasperó a éste por la violenta proclama en que le acusó de enemigo encubierto de los peruanos. Sólo este gesto de Bolívar, que contrarió abiertamente sus convicciones más íntimas y constantes, basta para entender la medida del afecto y consideración que tuvo a O'Higgins.

No se atrevió —lo confesó él mismo— a invitarle formalmente para que le acompañara a Huaraz, a incorporarse al ejército. O'Higgins hallábase entonces enfermo, postrado por las "fiebres ardientes", pero cuando Heres le llevó su recado respondióle de inmediato, ofreciéndole "un cuerpo de Colombia" —lo que no deja de ser significativo—, y un destino "propio a distinguir a cualquiera jefe que quiera señalarse en un campo de gloria. . . , siempre que la situación física y moral de usted puedan permitir este sacrificio".

Heres le escribió también y le instó a que apresurara su viaje, advirtiéndole que la batalla definitiva "tendrá indudablemente lugar en alguno de los tres meses que entran". De aquí el acelerado y empecinado esfuerzo del general chileno por alcanzar el ejército. Mató tres caballos y se negó a apartarse unos pocos kilómetros de su ruta, como se lo reclamaron sus acompañantes, para visitar el lugar en que habíase dado la batalla de Junín.

Desde el día de su arribo a Huacayo prácticamente ya no se separó del grupo de oficiales superiores que integraron el gran Consejo de Generales del Libertador.

Se le acogió con todos los honores. Fue dado a reconocer al ejército como Gran Mariscal del Perú, disponiéndose que toda la oficialidad, sin excepción, le saludara en su alojamiento. En ausencia de Sucre, le encabezó el comandante de la división peruana, el general Lamar, quien le significó el placer con que recibían “a un jefe tan valiente y distinguido”. Los órdenes del día, en adelante, cada vez que le mencionan, le conceden el tratamiento de “excelencia”, hasta entonces sólo reservado al Libertador, y prontamente le fue destinado un oficial de grado de Mayor para que le sirviera como su edecán.

Un viajero norteamericano asegura que se le confirió el comando “de una división del ejército” —dice que fue “nombrado” tal—, pero no hay otra constancia de ello. La especie puede tener algún asidero, sin embargo, porque Necochea, comandante de la caballería y el mismo que le acompañó en Chacabuco, hallábase convalesciente de sus heridas de Junín, y Miller, que le subrogaba, también había sido subordinado suyo en Chile. El viajero pudo recibir de éstos esa información, cuando caminaban juntos en busca de O’Higgins, pues con ellos fue a visitarle, y es probable que Bolívar lo haya considerado así, como también que O’Higgins no lo aceptara dadas su condición física y la tarea que había asumido de hecho. Tomás Cipriano de Mosquera nos dice que “el ilustre General O’Higgins” se convirtió en el consejero militar preferido del Libertador, “quien le distinguía sobremanera y entraba en conferencia (con él) sobre las operaciones que se iban a ejecutar y oía con gusto sus indicaciones”. El propio viajero a que nos referimos pudo imponerse de las funciones que cumplía el prócer, pues cuando llegó con Miller y Necochea “un mapa del país se tendió sobre una mesa grande que tenía delante” y los tres generales analizaron en su presencia la situación estratégica. Ahí conoció que la futura batalla decidiría la suerte de la guerra, porque el vencido no tendría escape posible en esa fragosa geografía de la sierra. Exactamente lo que ocurrió en Ayacucho.

Otro viajero, Thomas Sutcliffe, encontró a O’Higgins en la diaria tertulia del Libertador en Huamanga (hoy Ayacucho). Bolívar leía un periódico caraqueño en que Francisco Rivas, el venezolano que sirvió a Chile, exaltaba la personalidad del proscrito combatido entonces por calumnias que circulaban en América, y luego pasó el papel a O’Higgins felicitándole y señalándole con cordialidad que suscribía enteramente las afirmaciones del autor, que era su amigo y a quien tenía por “un hombre del más estricto honor e integridad que jamás escribiría nada que no estuviera de acuerdo con su conciencia”.

Acabamos de citar un párrafo de Tomás Cipriano de Mosquera, prócer colombiano y hermano menor de don Joaquín, el primer Enviado Diplomático de la Gran Colombia en Chile, amigo como éste muy íntimo del Libertador y quien tiempo después le hiciera confidencias que le permitieron escribir su biografía. Esta obra de don Tomás Cipriano se publicó sólo hace veinte años y, aunque no conoció personalmente a O’Higgins, le dedica en ella páginas esclarecedoras que le exaltan a una posición relevante dentro del círculo de los generales que actuaron en la campaña de Ayacucho. Nada pudo imponer a Mosquera la necesidad de destacar así al prócer chileno, y aún de señalarlo como al autor de una resolución militar trascendente, con menoscabo de las condiciones que debió admirar en su propio

héroe y amigo, sino la certeza de que la información que da fue auténtica y valiosísima a juicio del propio Libertador.

Y es que generalmente se desconoce una cualidad muy especial que adornaba a O'Higgins y que Jaime Eyzaguirre fue el primero en señalar cuando publicó los "Recuerdos" del general José María de la Cruz y su biografía del prócer. Ahí cita este párrafo que Cruz pone en boca del general Manuel Bulnes durante la campaña contra la Confederación Perú-boliviana: "Debo a este viejecito el no haberme tal vez vuelto loco en los momentos de conflicto en que casi diariamente me colocan las ocurrencias. Yo no conocía la importancia personal de este buen chileno, sino ahora que las circunstancias me ha acercado a él. Antes de tratarle con intimidación tenía días de desesperación, mas hoy he adoptado como un recurso de desahogo visitarle, porque tiene tal sagacidad y claridad para explicar y desenvolver las ocurrencias a que pueden conducir los sucesos, que cuando me retiro de su casa no sólo me hallo desembarazado y en calma, sino también lleno de una confianza satisfactoria".

Esta facilidad que tuvo O'Higgins para penetrarse de los problemas, simplificarlos y procurarles una solución lógica fue la que le convirtió en el consejero inmediato de Bolívar en la campaña de Ayacucho. Dos meses de contacto diario y sostenido con el Libertador le permitieron enseguida dar el paso concluyente que la decidió.

Nos refiere Mosquera que cuando Bolívar volvió de un reconocimiento que hizo al Apurímac, O'Higgins le planteó "que no era justo, prudente ni patriótico que continuase a la cabeza del ejército, porque era caprichosa la suerte de la guerra, y que si él sucumbía con el ejército de operaciones, era perdido el Perú y enseguida Chile y Colombia". No ignoraban que sus fuerzas eran inferiores a las de los realistas y que las pobres guarniciones que mantenían en el resto del territorio peruano, incluso las tropas que asediaban el Callao, no hacían una reserva eficiente. Bolívar debía regresarse a Huaraz "y de allí a otro punto cercano en que debiera fijar su cuartel general", para esperar en él a "los 5.000 hombres mandados levantar en Colombia" y con los que constituiría el ejército de reserva, "el cual sería armado y equipado con el empréstico de dos millones de pesos fuertes conseguido por Colombia el 15 de mayo en Hamburgo, según las cartas oficiales recibidas" de Bogotá. . . "Dentro de dos meses, más o menos, que sería el término de la campaña con una batalla, si era desgraciada", Bolívar desde Huaraz o donde estuviere "se replegaría a Guayaquil y Loja con el ejército y buques de guerra", para reanudar la ofensiva en el momento oportuno. "El Libertador le manifestó que le era muy grato el oírlo y que era importante que los generales Sucre y Lamar tomasen parte en la discusión", y luego "se persuadió de la exactitud del pensamiento de O'Higgins y resolvió seguir con el mismo O'Higgins al norte del Perú. En consecuencia, dejó el mando del Ejército Unido al General Sucre y su segundo el mariscal Lamar, nombró jefe del Estado Mayor al general Gamarra y dispuso que el general Santa Cruz regresase con él al norte del Perú".

Transcurrieron algunos días todavía antes que Bolívar se despidiera del ejército y entretanto conoció Sucre "que Valdés se había unido a La Serna y Canterac (los tres generales realistas) y que iban a tomar la ofensiva. . . Por un momento

pensó el Libertador suspender la marcha, pero los generales O'Higgins y Lamar le manifestaron que esa noticia aconsejaba más urgentemente su retiro, porque era probable que se interrumpiesen las comunicaciones con el norte, en circunstancias que no había en el norte del Perú un jefe que centralizase la administración del país. Sucre guardó silencio”.

De este modo nos revela Mosquera la razón que movió a Bolívar a retirarse del comando en jefe del ejército y nos descubre el papel que correspondió en la campaña al prócer chileno. No fue, pues, como se ha creído, un compañero “incómodo” ni un General “volante” marginado de las grandes decisiones. Bolívar le llevó consigo hasta Chancay, en la costa y poco al norte de Lima, y luego, cuando ocupó la capital, desembarazándola de las incursiones realistas de los hombres de Rodil, le escribió afectuosamente: “Creo que es tiempo, si a usted le parece, que se venga a esta capital, pues se vive menos mal que en Chancy”. Cuatro días después de esta carta conoció Lima la noticia del triunfo de Ayacucho.